

— ¡Ah, chavalejo malicioso e imprudente! ¿Y te atreves a sacar tan tendenciosa consecuencia? No, Magín, no; en este colegio, por encima de lo que tu insinúas, está la verdadera enseñanza; esta doctrina no la has aprendido aquí. Aquí, tenlo presente, se *educa* y se *enseña*; lo primero es lo primero.

— No faltaría más...

— Oye y calla, presumido y bobo de capirote. De mi colegio quiero que salgan jóvenes bien instruídos y mejor educados; la instrucción sin la *cristiana* educación hace sabios presuntuosos que asemejan a *burros bien enjaretados* y de los cuales se recibe cada *par de coces* que hacen temblar las esferas.

— Hombre, don Blas, permita que le diga que V. ha cogido mis palabras, como vulgarmente se dice, por la punta de los cabellos.

— No, las he cogido como *suenan*; estas palabras y los libros hechos añicos, me demuestran que tú, Magín, ¿oyes bien?, que tú no eres lo que yo quiero que sean mis discípulos, cuya *hombria de bien* antepongo a todo. Sé de un pueblo de la península que tuvo por 50 años un maestro que no enseñó a los chicos más que a *injertar* árboles. De esa escuela salió una generación *analfabeta* y sin pizca de educación cristiana y civil, por cuyo motivo ahora se ven en la imposibilidad de encontrar hombres *probos* y a la *altura de los tiempos* para colocarles en la casa del pueblo con el fin de que le administren sus intereses. ¿Quieres tú que en el día de mañana se encuentre en la misma situación nuestro pueblo por culpa mía? ¿Así estimas a tu maestro? ¿Tan poco amas a tu pueblo?

— Hombre, don Blas...

— Nada, lo dicho: siéntate en el banco y estudia.

(Por la copia)

FR. RUFINO